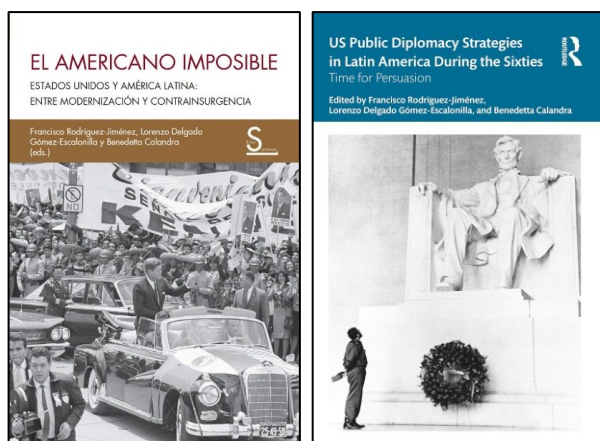




Revista de Indias, 85 (293)

enero-abril 2025, 1788

ISSN-L: 0034-8341, eISSN: 1988-3188

<https://doi.org/10.3989/revindias.2025.1788>

Rodríguez-Jiménez, Francisco, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Benedetta Calandra, eds. 2023. *El americano imposible. Estados Unidos y América Latina: entre modernización y contrainsurgencia*. Madrid: Sílex. 289 pp.

Rodríguez-Jiménez, Francisco, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Benedetta Calandra, eds. 2024. *US Public Diplomacy Strategies in Latin America During the Sixties*. New York / London: Routledge. 329 pp.

Antonio Jesús Pinto Tortosa

Universidad de Málaga

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9921-568X>

antoniojesus.pinto@uma.es

La década de 1960 asistió en América Latina a un despliegue de estrategias de confrontación entre dos modelos contrapuestos de organización política, social y económica que constituían los extremos opuestos del equilibrio bipolar durante la Guerra Fría. De un lado, encontramos el modelo de la democracia liberal capitalista, representado por Estados Unidos, a la cabeza del supuesto “mundo libre” occidental; de otro lado, tenemos al modelo del socialismo real, caracterizado por el intervencionismo estatal en economía y el totalitarismo como fórmula política, encabezado por la Unión Soviética. Tras el triunfo de la Revolución Cubana, el 1 de enero de 1959, el socialismo había dejado de ser una amenaza lejana para el hemisferio americano, pasando a convertirse en un peligro real, que podía irradiar desde Cuba al resto de Latinoamérica. Ello llevó a Estados Unidos, especialmente en el decenio mencionado, a implementar un amplio abanico de medidas, categorizadas dentro del llamado *soft power*, cuyo fin era contrarrestar el empuje del socialismo en aquella región, evitando el choque abierto y optando por otros métodos más sutiles de combate, sobre todo en el terreno económico, ideológico y cultural. Sin embargo, no se rehuyó el recurso indirecto a la violencia. Al análisis de las acciones desplegadas desde Washington en América Latina, de manera global, y a través de enfoques particulares, ora centrados en escenarios nacionales concretos, ora en ámbitos específicos de lucha, se dedican las dos obras colectivas analizadas en el presente texto.

Para empezar, los editores advierten de la necesidad de revisar la cronología de la Guerra Fría (1947/49-1989/91) para América Latina¹, adelantando el inicio de los afanes expansionistas desde el norte. Ello ha de hacerse desde la constatación de que los países latinoamericanos venían expresando su rechazo a una injerencia estadounidense en sus asuntos internos desde las primeras décadas del siglo XX, por temor a que la potencia del norte desplegara una política intervencionista similar a la empleada en el transcurso de la Guerra Civil en Rusia, por ejemplo². Experiencias recientes en aquel momento, como la ocupación militar de Haití en 1915-1934³, y de la República Dominicana en 1916-1924⁴, evidenciaban que tales temores eran fundados, y ayudan a entender las motivaciones del rechazo y el recelo suscitados por los planes de la administración estadounidense en el continente. Como señala Lorenzo Delgado⁵, y conforme se apuntaba con anterioridad, el triunfo de la Revolución Cubana representó un punto de inflexión en la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina. El problema no radicaba tanto en que el ejemplo de Fidel Castro hubiese suscitado una oleada de simpatía hacia el socialismo en aquel hemisferio, cuanto en el hecho de que el castrismo probaba que existía una alternativa al “imperialismo yanqui”. Ahora bien, en su viaje por América Latina al final de su mandato, Eisenhower se concienció de que tan relevante era combatir el comunismo como el subdesarrollo, inspirando un proyecto que alcanzaría su cénit durante la administración de su sucesor, John Fitzgerald Kennedy (1960-1963).

Resulta crucial el énfasis puesto en el análisis profundo de la Alianza para el Progreso o *Alliance for Progress* (AfP), que recibió su sanción en la reunión de la Organización de Estados Americanos celebrada en Punta del Este en julio de 1961; la misma reunión en la que la administración Kennedy posibilitó el voto favorable a la exclusión de Cuba de dicho organismo⁶. Concebida como una suerte de Plan Marshall para Latinoamérica, que habría de acabar destinando 15 billones de dólares en préstamos a largo plazo durante esta década, la Alianza para el Progreso solo ponía como condición que los gobiernos beneficiarios garantizaran los derechos y libertades de sus ciudadanos, esto es, se distanciasen de cualquier fórmula totalitaria. La ayuda económica, como apunta el propio Delgado, habría de ir de la mano de estrategias de persuasión de la opinión pública, a través de la *United States Intelligence Agency* (USIA), bajo la dirección del periodista Edward Murrow; del mismo modo, se habría de acompañar de iniciativas culturales que promoviesen los ideales encarnados, en apariencia, por Estados Unidos, entre los cuales la libertad y la democracia ocupaban un lugar destacado.

Tal fue el caso del *Congress for Cultural Freedom* (CCF), cuyas actividades describe en detalle Patrick Iber⁷. Como las diferentes investigaciones que se ocupan de la AfP y otros proyectos paralelos apuntan, su alcance fue limitado: primeramente, porque el asesinato de Kennedy el 22 de noviembre de 1963 truncó su programa político, y tanto Lyndon B. Johnson como Richard Nixon adoptaron una postura más pragmática, no solo hacia la coexistencia con la URSS, sino también hacia el apoyo a otros regímenes no democráticos en América, que le ayudasen a reforzar el frente antisoviético. En segundo lugar, porque amplios sectores sociales en los países receptores se percataron de que, con el disfraz de una política de buena vecindad, tanto la AfP, como la USIA, el CCF, etc., no eran sino ejemplos de imperialismo norteamericano, que además sirvieron para configurar nuevas redes de poder e influencia allí donde su acción alcanzó.

¹ Ioris y Pettinà 2023, 1-9.

² Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 1-15.

³ Trouillot 1990, 83-108.

⁴ Moya Pons 1995, 321-339.

⁵ Rodríguez-Jiménez *et al.* 2023, 31-65; 2024, 16-38.

⁶ Arthus 2017.

⁷ Iber en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 88-115.

Dejando a un lado los análisis globales, los dos volúmenes incluyen estudios particulares sobre los efectos de la participación de Estados Unidos en la política interna de diferentes países latinoamericanos. Es preciso comenzar por las intervenciones en materia económica, entre las cuales destaca la experiencia de Chile. Esta es objeto de la atención de María Rosa Stabili⁸, por una parte, y de Fernando Quesada y Benedetta Calandra, por otra⁹. Stabili arranca su análisis en la década de 1950, señalando la situación de “crisis integral” de la economía nacional a comienzos del decenio. A la estructura tradicional de la producción agrícola, había que sumar también el estado obsoleto de la infraestructura industrial, excesivamente dependiente del cobre. La comercialización de este último, no obstante, resultaba de vital importancia para un país cuyos ingresos se limitaban a la recaudación de los impuestos indirectos, en un clima de evasión fiscal generalizada. En tales circunstancias, habría de resultar clave la intervención de la Agencia de Cooperación Internacional, *International Cooperation Agency* (ICA) que, junto a la Fundación Rockefeller, diseñó el Proyecto Chile en 1951. Con el fin de posibilitar el despegue económico del país, además de planear varias actuaciones directas sobre el tejido productivo chileno, el Proyecto contempló la firma de un convenio entre la Universidad de Chicago y la Pontificia Universidad Católica (PUC), por el cual estudiantes becados de esta última se formarían en los principios de la neoliberal Escuela de Chicago, en suelo estadounidense. Como hacen notar Quesada y Calandra, empero, en realidad el programa de ayuda económica a la región, en general, y a Chile, en particular, parte de las primeras décadas del siglo XX; de hecho, el primer acuerdo de cooperación mutua entre Estados Unidos y Chile se alcanzó en 1923.

A finales de la década de 1930 habría de ser capital la figura de Manuel Elgueta, procedente de una familia de tradición radical, que estudió en la Universidad de Berkeley y se convirtió en ministro de Agricultura del gobierno de Pedro Aguirre Cerdá, presidente entre 1938 y 1941. Elgueta ya recurrió a su red de contactos norteamericanos para promover un programa de reforma económica en su país que las arcas públicas no podían asumir, sentando de este modo el precedente que en los años 50 habrían de retomar la Fundación Rockefeller y la ICA, a los que se aludía previamente. En la práctica, el Programa Agrícola de Chile se aprobó en 1955 y entró en vigor al año siguiente, centrado en la modernización de la maquinaria, para mejorar la productividad e incrementar la producción de la tierra. En cambio, dejaba de lado el problema central del país, que los tres autores coinciden en señalar: el desigual reparto de la tierra, cuya reforma contaba con la oposición frontal de las oligarquías chilenas, cercanas al gobierno de Estados Unidos y a las empresas norteamericanas en el país, lo cual ayuda a explicar la reticencia del norte a acometer su reestructuración profunda. Las políticas neoliberales importadas por los “Chicago Boys”, cuya formación en Estados Unidos se había iniciado también en 1956, no acabaron de cuajar ni siquiera durante el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970), quien auspició inicialmente el programa de modernización agrícola a través del Instituto Nacional de Investigación Agrícola (INIA), pero que desde 1968 comenzó a posicionarse a favor de una tímida reforma agraria. La elección presidencial de Salvador Allende en 1970 abrió el camino para que esta fuese más profunda¹⁰, suscitando la oposición del lobby estadounidense y las oligarquías terratenientes, quienes aguardarían al golpe militar de 1973 para implementar las políticas neoliberales sin cortapisas en adelante.

Los proyectos de reforma agraria auspiciados desde el norte, sin embargo, hallaron en ocasiones una fuerte contestación, desde el campesinado sin tierras, pero también desde las oligarquías. En El

⁸ Stabili en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2023, 67-97;

⁹ Quesada y Calandra en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 139-161.

¹⁰ Amorós 2023, 219-260.

Salvador, conforme se apunta en el estudio de Jeff Shuhrke¹¹, desde el principio Estados Unidos mostró su intención de mediatizar el movimiento obrero para neutralizarlo desde dentro, a través del Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre (IADSL) en 1962. Con el respaldo del gobierno de Kennedy, el Instituto se dedicó a la formación de los trabajadores de toda Latinoamérica en principios de solidaridad acordes al “espíritu ideológico de Estados Unidos”, que los alejasen de la ideología que había inspirado la Revolución Cubana. En El Salvador, sus brazos ejecutores fueron la Federación Estadounidense del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales, *American Federation of Labor-Congress of Industrial Organizations* (AFL-CIO) y la Confederación General de Sindicatos. Con esta formación, los campesinos estaban llamados a convertirse en los realizadores, en la práctica, de un programa de modernización agrícola que siguiese las líneas de acción vistas en el caso chileno, y que se repetirán en otros países analizados más adelante. La primera reacción contra la injerencia nortea en el campo salvadoreño, en la década de 1970, vino del lado de los campesinos, si bien la IADSL medió ante el gobierno del Partido de la Conciliación Nacional (PCN) para disuadirle de emprender una dura represión de aquellos. El ejecutivo militar de la Junta Revolucionaria de Gobierno (1979-1982) sí desarrolló una dura labor de contrainsurgencia en el campo, que suscitó incluso el recelo de la administración de Ronald Reagan, al tiempo que emprendió una pseudo reforma agraria, en unión con la Unión Comunal Salvadoreña (UCS), para de este modo atraerse el apoyo campesino, alejándolo del Partido Comunista y de la Cuba de Castro. Toda pretensión de reforma agraria quedará truncada tras la victoria de la extrema derecha de ARENA (Alianza Republicana Nacionalista) en 1989, que juzgó a las acciones apoyadas desde Washington como una intervención en los asuntos salvadoreños que las oligarquías locales tampoco estaban dispuestas a aceptar.

Un buen ejemplo de una suerte de “injerencia mixta” de Estados Unidos en América Latina, no solo en el ámbito económico, sino también en el terreno político, lo proporciona Brasil, que estudia Rafael R. Ioris¹². Aquí la Alianza para el Progreso intentó, como en Chile y en otros países de la región, promover el desarrollo agrícola, pero orientado, una vez más, a unos fines muy concretos. En este caso, Ioris habla de una “política miope” de la administración Kennedy, que quiso reproducir en suelo brasileño unos patrones de desarrollo económico ideados para los países occidentales, sin considerar las peculiaridades de cada región de este extenso y heterogéneo estado. Con el foco puesto en el noreste brasileño, en realidad la modernización acometida solo benefició a las élites locales, así como a las empresas vinculadas a la explotación agrícola local con participación de capital estadounidense. De este modo, se dejó de lado la reivindicación atávica de la población campesina que, como en otros países, demandaba una reforma agraria de mayor calado. Esta última, entre otros aspectos, debía redefinir la estructura de la propiedad de la tierra, optando por su redistribución.

Viendo sus intereses económicos amenazados por una contestación popular creciente, además de por un movimiento obrero que ganaba solidez y respaldo, Estados Unidos no dudaría en intervenir en la campaña para las elecciones legislativas de 1962, durante la presidencia de João Goulart (1961-1964), financiando a la oposición. Al mismo tiempo, quiso contrarrestar la filtración castrista del movimiento obrero brasileño mediante la fundación del Instituto Estadounidense para el Desarrollo del Trabajo Libre, *American Institute for Free Labor Development* (AIFLD), que Ioris señala como una nueva herramienta de la Guerra Fría en todo el hemisferio. Junto a la promoción cultural de la cultura estadounidense, de la que se hablará más adelante, y el aumento de publicaciones elogiosas de la labor de la AfP, concluye Ioris, Estados Unidos consiguió dotar a la

¹¹ Shuhrke en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2023, 163-198.

¹² Ioris en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2023, 133-162.

modernización económica en Brasil de un tono apolítico, de modo que el país se convirtió en un paradigma del tipo de desarrollo latinoamericano que se quería fomentar desde Washington. En cualquier caso, como apuntan Elisa Botella y Ángel L. González¹³, el saldo global de las reformas agrarias en Latinoamérica fue negativo, pues no originaron una verdadera reestructuración de la propiedad de la tierra, ni una modernización profunda del sector primario en ninguno de los países donde se aplicó.

Sobre las repercusiones políticas de la intervención estadounidense en América Latina contamos con una investigación sobre Argentina, de la autoría de Francesco Davide Ragno¹⁴. En realidad, el suyo es un capítulo que incide sobre los planes de desarrollo económicos concebidos por Washington para la nación argentina, sumida, igual que Chile y otras muchas economías del entorno, en una profunda crisis tras la caída del primer gobierno del general Juan Domingo Perón en 1955. Para los “desarrollistas”, presentes en el poder durante los gobiernos que jalaron la historia del país entre 1955 y 1966, las iniciativas concebidas dentro de la AfP eran la panacea para resolver los males económicos del país. No obstante, las demás familias políticas se mostraron ampliamente críticas con aquellos planes de desarrollo. Los peronistas, porque lo valoraban como una nueva injerencia excesiva del imperialismo yanqui en los asuntos internos del país. Los radicales intransigentes compartían en parte esta visión, que amenazaba la soberanía argentina sobre la gestión de sus propios recursos. Por su parte, los anticomunistas, escorados hacia la derecha y la extrema derecha, entroncaban con los sectores ultranacionalistas y católicos, que recelaban igualmente del excesivo protagonismo extranjero en la economía nacional.

Si bien, como insiste Ragno, es preciso matizar las posturas de cada una de las familias identificadas, también es cierto que la confrontación en materia económica fue un síntoma más de la paulatina polarización del escenario político argentino, que devino en el golpe militar de 1966, originario de la Revolución Argentina (1966-1973)¹⁵. Desde la década de 1960, precisamente, Estados Unidos participaría, aunque de forma indirecta, en golpes militares en diferentes países de aquel hemisferio donde existiese una amenaza, por tímida que fuese, de que cualquier gobierno implementase políticas económicas y políticas exteriores contrarias a los intereses de Estados Unidos, o de las oligarquías locales vinculadas a aquel país. Nuevamente, ha de mencionarse la República Dominicana, donde el gobierno de Juan Bosch cayó en septiembre de 1963 merced al golpe perpetrado por el coronel Elías Wessin y Wessin, con el apoyo de los llamados “leales de Wessin”, y el respaldo tácito de los vecinos del norte, preocupados por el supuesto avance de los sentimientos antiestadounidenses en el territorio dominicano¹⁶. Una vez perpetrado el golpe, se pudo constatar que esa opinión era predominante en la sociedad local, y que además la popularidad de Castro había caído de manera significativa en la República Dominicana. La tendencia al apoyo a dictaduras militares anticomunistas crecería, como se ha apuntado con anterioridad, durante las administraciones de Lyndon B. Johnson (1963-1969) y Richard Nixon (1969-1974)¹⁷.

Para concluir el presente análisis conjunto de las dos obras reseñadas, ha de centrarse la atención en las campañas culturales iniciadas desde Washington para contribuir a una imagen positiva de la cultura estadounidense en América Latina, en los años centrales de la Guerra Fría. Andrés Sánchez Padilla analiza un ejemplo de primera magnitud: la campaña de alfabetización acometida por Estados Unidos en la región, a través de la AfP y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo

¹³ Botella Rodríguez y González Esteban en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 199-231.

¹⁴ Ragno en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2023, 99-131.

¹⁵ Romero 1994, 231-282;

¹⁶ Moya Pons 1995, 381-404.

¹⁷ Pettinà 2022, 87-126.

Internacional, *United States Agency for International Development* (USAID), mediante la impresión y distribución de libros de texto, y de publicaciones en general¹⁸. Su investigación reviste gran interés, en la medida en que destaca el papel de España como mediador entre Estados Unidos y los países del sur, cuya capacidad de impresión y distribución de títulos era muy limitada. De ahí que la España de Franco actuase como taller de impresión de las publicaciones que acabarían inundando el mercado latinoamericano. Además, se buscó la participación e implicación en esta iniciativa de intelectuales españoles de izquierda, con una postura crítica, para dar a la campaña una apariencia de objetividad e intenciones “puras”. Por ejemplo, Juan Goytisolo, como Sánchez Padilla, figuró entre los implicados en esta acción, que además alumbró publicaciones periódicas como los *Cuadernos del Congreso para la Libertad y la Cultura*, *Mundo Nuevo*, o *Libre*.

No obstante, su apariencia inocua se desmoronó cuando se descubrieron los vínculos del *Congress for Cultural Freedom* (CFC) con la CIA, y la pérdida de interés de los gobiernos de Richard Nixon y Gerald Ford (1974-1977) hizo que el programa cayese en el olvido. En paralelo, hay que mencionar las acciones de la España franquista en Argentina, a través de la universidad UNCuyo que, junto a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos en Sevilla, contribuyeron a la mediación de nuestro país en la transmisión propagandística en sentido norte-sur, como muestra María C. Fares, promoviendo los valores occidentales en aquel territorio¹⁹. Ahora bien, no toda la propaganda “occidentalizante” en Latinoamérica se canalizó a través de Estados Unidos o, en última instancia, de sus aliados más fieles, como la España franquista. Así, François Siry²⁰ estudia la cooperación científica entre los círculos académicos franceses y mexicanos a lo largo del decenio de 1960, que contribuyeron a impulsar la cultura y el desarrollo científico de este último país, también vulnerable a la propaganda pro-soviética.

El deporte, como evento cultural, no estuvo exento de la batalla librada en este terreno por las dos grandes superpotencias en el escenario latinoamericano. André Gounot analiza el intento de veto estadounidense a la participación de Cuba en los Juegos de América Central y el Caribe, que habrían de celebrarse en San Juan (Puerto Rico), en 1966²¹. El Comité Olímpico Internacional (COI), en un intento por mantener al deporte al margen de los conflictos bélicos, preservando la aparente limpieza y neutralidad de los Juegos Olímpicos, llegó a amenazar en su reunión de 1965 en Madrid con vetar la participación de Puerto Rico en los juegos futuros. Además, añadía, se replantearía las candidaturas de Salt Lake City y Detroit para los siguientes juegos de invierno y de verano, respectivamente. El hecho de que dichas candidaturas acabasen recayendo sobre Sapporo y Múnich convenció a Estados Unidos de la necesidad de dar marcha atrás, renunciando incluso a exigir a cambio la liberación de los ciudadanos estadounidenses que habían quedado en Cuba tras el embargo. La final participación de los atletas cubanos, bastante exitosa, en los juegos de 1966 constituyó, pues, una derrota diplomática de Estados Unidos, que por añadidura dio alas al castrismo.

Tampoco el baile quedó fuera de la guerra cultural, con las compañías estadounidenses de baile moderno actuando en toda América Latina como defensoras del modo de vida y los valores de Estados Unidos, esto es, como punta de lanza de la propaganda anticomunista, como muestra Victoria Phillips²². Precisamente el baile albergó ejemplos curiosos de personalidades artísticas destacadas que saltaron el “telón de azúcar”, como lo llama Elizabeth Schwall²³, para acabar

¹⁸ Sánchez Padilla en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 116-138.

¹⁹ Fares en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2023, 233-260.

²⁰ Siry en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2023, 261-289.

²¹ Gounot en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 162-183.

²² Phillips en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 184-212.

²³ Schwall en Rodríguez-Jiménez *et al.* 2024, 213-239.

trabajando en “terreno enemigo”. Tal fue el caso de Lorna Burdsall o Elfrida Mahler, nacidas en Estados Unidos pero afincadas en Cuba en los años 60, y admiradoras confesas del régimen de Fidel Castro. Parecido fue el caso de Morris Donaldson, quien además de protagonizar varios proyectos artísticos en la isla se convirtió en un activista por los derechos de la población negra en Estados Unidos también durante el mismo decenio. Similar fin propagandista tuvo la celebración de la Bienal de Sao Paulo durante los años de la Guerra Fría, cuando se convirtió en un altavoz para americanizar la cultura brasileña, como indica Símele Soares Rodrigues²⁴.

Así pues, la lectura de los dos libros colectivos reseñados permite tener un conocimiento amplio y detallado sobre las diferentes vertientes que adquirió el programa de la Alianza para el Progreso en América Latina, desde finales de la década de 1950 en adelante. Una valoración crítica de tales iniciativas habrá de considerar, a la vista de las investigaciones incluidas en ambas obras, y del amplio espectro de aspectos analizados en ellas, que detrás de la intención de fomentar el progreso y la modernización del entorno latinoamericano existió, innegablemente, el deseo de contrarrestar el empuje del socialismo en aquella orilla del Atlántico y del Pacífico. Ello no quiere decir que ni la AfP ni otros organismos paralelos, y complementarios, no tuvieran repercusión positiva alguna sobre los países donde se aplicaron las políticas descritas; antes bien, ha de insistirse en que el recurso a medidas y planes de acción concebidos desde fuera, con una mirada occidental, sin considerar la idiosincrasia de la región, impidió que los objetivos de desarrollo se cumpliesen en su totalidad. Sin olvidar, por supuesto, que la intención propagandística con frecuencia cobraba más protagonismo que el fomento del desarrollo en sí mismo. Además, las circunstancias geopolíticas no jugaron a su favor, pues a partir del asesinato de Kennedy la atención de Washington pivotó hacia el Próximo Oriente y Asia, de modo que los factores internos y externos se combinaron para lastrar el conjunto de iniciativas descritas, prácticamente desde el principio.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Amorós, Mario. 2023. *Salvador Allende. Biografía política, semblanza humana*. Madrid: Capitan Swing.
- Arthus, Wein Weibert. 2017. “Le prix de l’ostracisme de Cuba de l’OEA en 1962: les dessous de la conférence de Punta del Este”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, en línea. doi: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70502>.
- Ioris, Rafael R. y Vanni Pettinà. 2023. “Debating Latin America’s Cold War: A Vision from the South”, *History Compass* 21 (2): 1-9.
- Moya Pons, Frank. 1995. *The Dominican Republic. A National History*. New Rochelle, N.Y.: Hispaniola Books.
- Pettinà, Vanni. 2022. *A Compact History of Latin America’s Cold War*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press
- Rodríguez-Jiménez, Francisco, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Benedetta Calandra. 2023. *El americano imposible. Estados Unidos y América Latina: entre modernización y contrainsurgencia*. Madrid: Silex
- Rodríguez-Jiménez, Francisco, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Benedetta Calandra. 2024. *US Public Diplomacy Strategies in Latin America During the Sixties*. New York / London: Routledge.
- Romero, Luis Alberto. 1994. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Trouillot, Michel-Rolph. 1990. *Haiti. State against nation. The origins & legacy of Duvalierism*. New York: Monthly Review Press.

²⁴ Soares Rodriguez en Rodríguez-Jiménez et al. 2024, 240-268.